

ANGEL CANELLAS LOPEZ

JAIME I Y ARAGON



CUADERNOS DE ZARAGOZA

n.º 6

Conferencia pronunciada por D. Angel Canellas López
en el Salón de Sesiones de la Casa Consistorial de Zارا
goza, en el acto solemne conmemorativo del VII Cente-
nario de la muerte del monarca Aragonés:

“D. JAIME I EL CONQUISTADOR”

19 de Junio de 1975

JAIME I Y ARAGON

La invitación muy cordial de las autoridades catalanas que han asumido la iniciativa de conmemorar el VII Centenario de la muerte de Jaime I rey de Aragón, Mallorca y Valencia, conde de Barcelona y Urgel y señor de Montpellier, organizando sucesivos actos académicos en los escenarios geográficos más destacados de la accidentada vida de tan singular monarca, explica mi presencia en esta tribuna a simple título de profesor aragonés que se asocia así a tan enconmiable recuerdo.

Y me cumple exponer algunas consideraciones sobre Jaime I y Aragón, tema ciertamente amplio, susceptible de muchos enfoques, pero que en esta ocasión se va a limitar a la presentación de algo de lo mucho que supuso para Aragón y para los aragoneses tan dilatado y accidentado reinado.

Imagino que la mayoría de los asistentes son personas gustosas de la historia, pero apartadas de los recobcos de la erudición y de ciertos temas conflictivos que también los hay sobre nuestro pasado por lo que me ha parecido discreto presentar tan solo en esta lectura sucesivos momentos de la vida de Jaime I, todos ellos relacionados con nuestro reino de Aragón. Por ello he seleccionado a modo de pósito unas notas sobre la memoria del rey, tan relacionada con el castillo aragonés de Mon-

zón, y tras unas pinceladas sobre la precocidad de nuestro personaje en materia de guerra y amores, aprovecharé la tupida urdimbre de la indisciplina permanente de la nobleza aragonesa de entonces, para explicar la nueva netalidad política y el cambio institucional experimentado por Aragón, mientras sus gentes participaban de manera sustancial en las gestas reconquistadoras de Mallorca y Valencia, y por mor del paternalismo del rey Conquistador hacia sus herederos, delimitaba la frontera de Aragón con Cataluña, alumbraba algunos de los más linajudos títulos nobiliarios de este país en sus bastardos y dotaba a Aragón de instituciones políticas, administrativas, municipales, financieras y jurídicas conformadoras de nuestra personalidad histórica de aragoneses.

DEL NACIMIENTO Y MEMORIA DEL REY.

En Jaime I se unen linajes catalano-aragoneses y castellanos por vía paterna, y montpellerinos y bizantinos por parte de madre. Su engendramiento es una novela que empieza los primeros días de mayo de 1207 en Miravals a donde Pedro II el padre estuvo con María de Montpellier la madre, por mediación de Guillén de Alcalá, que animó a Pedro II a venir desde Llates a pernotar en Miravals con la reina. De este episodio-precedido de claras desavenencias entre los regios consortes- se apoderó la juglaría de la época y tejió la idea del cambio en el lecho real de una dama muy hermosa, al amparo de la oscuridad, por la propia reina y esposa, con deseo en esta de proporcionar heredero al rey su marido.

Un 2 de febrero de 1208, del palacio de Tornamira en Montpellier salía el recién nacido hijo de María y Pedro II hacia la iglesia de Nuestra Señora de les Taulles, donde recibió bautismo y nombre de Jaime en honor del apóstol cuyo cirio representativo, entre los de los demás apóstoles, duró ardiendo tres dedos más que los otros: sin duda la leyenda arturiana dio la idea a la madre y a su entorno para este encendido de cirios.

Pedro II conoció a su hijo en noviembre de 1209 en un viaje a Montpellier y en febrero de 1210 lo prometía en matrimonio a Aurembiaix, huérfana heredera de Armengol VIII conde de Urgel, para luego en enero de 1211 también prometerlo a Amicia hija de Simón de Montfort conde de Leicester y caudillo de la cruzada contra los herejes de Albi. Así, Jaime de tres años de edad, tendrá que dejar a su madre María y residir en Carcasona en poder de su suegro en ciernes el de Montfort. La madre en tanto partirá a Roma, para oponerse al divorcio que solicitaba Pedro II; y allí en abril de 1213 le sorprenderá la muerte. Esta reina de Aragón y señora de Montpellier recibirá sepultura en la iglesia de San Pedro cerca de la tumba de Santa Petronila. El esposo, Pedro II, moría en la batalla de Muret seis meses más tarde.

Un huérfano de cinco años, Jaime, acogido a la lejana protección del papa Inocencio III, a ruegos de una embajada de sus súbditos presidida por Ispano obispo de Albarracín, será liberado de la custodia de Montfort en Carcasona, en mayo de 1214, cuando contaba seis años y tres meses de edad; y en Carcasona fue entregado a la embajada de sus tierras, que en lenta caravana le llevará desde Salses al Cinca, cruzando toda la Cataluña de entonces. En Lérida, el legado pontificio Pedro de Benevento reunirá en asamblea a representantes de Aragón y Cataluña para jurar rey al niño Jaime. Más tarde recordaba el rey la ceremonia, celebrada en la Zuda de Lérida, cuando el legado le sostenía en sus brazos y, mientras desfilaban los que juraban, contemplaba los detalles del artesonado de madera y una cercana ventana.

En enero de 1215, concluida la corte de Lérida, partirá el legado pontificio; y Jaime I por la clamor de Almacellas, futura raya entre Aragón y Cataluña, marchará a Monzón. Allí, en esta ciudad aragonesa, será

confiado el niño rey a la orden del Temple, siguiendo la disposición testamentaria de su madre María, y se alojara en el castillo: un consejo de regencia integrado por aragoneses y catalanes y presidido por el conde Sancho Raimúndez, hijo de Ramón Belenguer IV y por tanto tío abuelo de Jaime I, cuidará de los negocios públicos duante la menoría de edad.

De los siete a los nueve años y medio, Jaime residirá en este castillo aragonés que domina los llanos de la Litera y de Urgel; misa diaria, memorización de citas bíblicas que luego el rey prodiga en sus escritos, ejercicios bélicos, juegos con su primo Ramón Berenguer V conde de Provenza también residenciado en este castillo, serán las ocupaciones habituales; los religiosos de Monzón no debieron inculcarle cultura literaria, pero sí influyeron en su caracter moral y escala de valores, entre los que sobresaldrán la religiosidad, la lealtad, la fidelidad a la palabra dada y sobre todo el ideal de lucha contra infieles, para reconquistar tierras de musulmanes y liberar el sepulcro del Señor en Jerusalén.

Partido de Monzón el primo provenzal en noviembre de 1216, Jaime quedó sin el amigo de diversiones infantiles. Pero también había sonado la marcha del aragonés de Monzón, preparada por una coalición de aragoneses y catalanes y acordada en unas cortes tenidas en Monzón. Y un mes de junio de 1217, Jaime marchará con su séquito a Sijena, a visitar la sepultura de su padre Pedro II: el cuerpo incorrupto aun, mostraba la herida en el costado. Tenía entonces el rey nueve años de edad. En tanto, el nuevo pontífice Honorio III, defensor de Simón de Montfort amenazará gravemente al rey niño si se llevan a cabo los planes de sus súbditos, deseosos de vengar la muerte de Pedro II en Muret invadiendo las tierras de aquel; situación delicada que aprovechará Fernando abad de Montearagón, tío de Jaime I para

oponerse al regente Sancho. Reunida curia real en Monzón, a donde ha regresado Jaime, entre enero y marzo de 1218, triunfa el bando contrario al regente, en el que militan entre otros los aragoneses Jimeno Cornel, Pedro Ahones y Blasco Maza. El regente con sus tropas esperará a los del bando real en Selgua: entonces vestirá por vez primera Jaime I un gonión ligero e iniciará sus hechos de armas. Llegado el rey a Berbegal el regente Sancho rehusa el combate. Y Jaime seguirá viaje a Huesca y luego a Zaragoza, donde, según escribió en su autobiografía "les gents foren molt alegres de la nostra venguda". En junio de 1218 concluiría la regencia del conde Sancho Raimúndez, al que Jaime I recompensó con varios honores en Aragón y diez mil sueldos de renta al año.

GESTAS PRECOCES EN ARMAS Y AMOR

Jaime I queda desde ahora sujeto a las ambiciones feudales de sus súbditos. Honorio III le nombra nuevos consejeros, por el mes de julio de 1219: se trata de cuatro primeros ministros entre ellos los aragoneses Jimeno Cornel y Pedro Ahones, mas otros consejeros, algunos de ellos cabecillas de la indisciplina feudal, como los aragoneses Rodrigo Lizana y Pedro Fernández de Azagra señor de Albarracín. Y una de estas disputas nobiliarias motivará el primer hecho de armas efectivo de Jaime I, precisamente en Aragón. La ocasión fue que Rodrigo Lizana apresó a su pariente Lope de Albero, suegro de Pelegrín de Atrosillo, sin que mediase desafío previo, tomándole el castillo de Albero con dos mil cahices de trigo e infligiendo daños a los cristianos y moros de la villa. Pelegrín y su hermano Gil pidieron justicia al rey y éste, impulsivamente, marchó de Zaragoza a Huesca, donde le fabricaron un fonevol - especie de cañón que diparaba piedras y que solo podía detentar el rey - con cuya terrible arma rindió Albero tras dos días de asedio.

Fue su primera acción de guerra, con sitio de plaza y victoria, a la que seguiría de inmediato el sitio de Lizana, defendida por Rodrigo y donde estaba preso Lope de Albero. Era el mes de mayo de 1220 y el rey, con sus doce años de edad cuenta exaltado en su Llibre dels feyts estas acciones guerreras.

Pero como cerezas, estos sucesos enracimaron otros, y el perdidoso Rodrigo Lizana obtuvo el apoyo de Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, pues este último era enemigo de Pedro Ahones que ayudaba al rey Jaime contra Lizana. Y contra la fortaleza de Albarracín irá Jaime I, cumplidos doce años y medio de edad, muy mal aconsejado por los suyos.

Albarracín, ciudad bien amurada, defendida por los montes y el Guadalaviar circundante, cara al invierno, era una aventura descabellada atacarla. Con su señor Azagra luchaban valedores de Castilla y Navarra, y también entre los sitiadores tenía amigos Azagra, que se encargaron de delatar el momento en que guardaban un almajanec - poderoso ingenio de guerra que artillaba los muros de Albarracín con sus disparos de piedras - Pelegrín de Ahones y Guillén de Puyo con escasa tropa: ambos murieron en la refriega del golpe de mano traidor, sin recibir socorro. La traición entre las tropas de Jaime I se hizo evidente y el rey optó por levantar el sitio. Era el mes de Julio de 1220 y se acababa de cumplir la primera derrota del joven rey.

También Aragón será escenario de otras precocidades de Jaime I: tal su matrimonio con la infanta Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII el de las Navas. El novio aun no había cumplido los trece años cuando sus consejeros, pensando en un heredero que evite una guerra civil cierta si Jaime I fallecía sin descendencia, fomentaron la decisión del casorio. En Agreda el 6 de febrero de 1221 se celebraban las nupcias, y en la dote esponsalicia figuran - además de cuatro castillos y villas

catalanas - las siete aragonesas de Daroca, Epila, Pina, Uncastillo, Barbastro, Tamarite y San Esteban de Litera.

Pasados los novios a Tarazona, en la iglesia de Santa María de Huerta, el rey era armado caballero, tras oír la misa de Espíritu Santo. Cumplía en estas fechas Jaime I los trece años, había dado su palabra de casamiento a una infanta cinco años mayor que él y al parecer poco agraciada en lo físico. Un año transcurrió sin poderse consumar el matrimonio y al fin vino el primogénito deseado, el infante Alfonso: si en estos primeros meses Leonor parece ejercer cierto ascendiente sobre su joven esposo, pronto parecen abrirse distancias entre la real pareja. Tal vez este Jaime I, precoz en tantas cosas, también lo fue en el adulterio; al menos, a los cuatro años de casado, marzo de 1225 aparece en su vida Elo Alvarez, dama que llama carísima suya y a la que autoriza a empeñar la villa aragonesa de Alfajarín.

ESTERILES LUCHAS NOBILIARIAS

Las luchas nobiliarias estaban complicadas con la bancarrota financiera heredada de los despilfarros cometidos por Pedro II. Jaime I heredó muchas deudas y lo grave es que pretendió remediarlas acudiendo a la devaluación de la ley de la moneda jaquesa en curso. Ello suscitó la oposición general de prelados, nobles y burgueses, que en septiembre de 1218 impusieron al rey la garantía de acuñaciones similares a las de Pedro II durante diez años, so pena de excomunión y entredicho de los reinos y desobediencia al monarca incumplidor. El rey, sin embargo, olvidó el pacto, acuñó nueva moneda en Jaca en 1222 suscitó protestas generales y terminó reiterando su antigua promesa de no acuñar moneda jaquesa durante un decenio, a cambio de que los súbditos abonasen un impuesto especial, llamado por eso de monedaje.

A estas dificultades económicas y protestas consiguientes se unieron nuevos malestares provocados por la sucesión en el condado de Urgel: era un problema propio del área catalana pero se implicó en su solución parte de la nobleza aragonesa. Los primeros chispazos del nuevo malestar nobiliario saltaron en Monzón, a donde había convocado Jaime I a fines de 1222 a gentes de uno y otro bando; no fue posible un compromiso pacífico, el rey hubo de recurrir a las armas contra las tierras del clan catalán de los Montcada, y a sus catorce años de edad sufrió un segundo revés militar.

Jaime I intentará pacificar la tierra, citando a barones y ciudadanos a nuevas cortes en Barbastro, mes de abril de 1224; pero los enemigos irreconciliables de pronto se unen frente a los consejeros del rey, y en una reunión que celebran en Monzón en octubre de aquel año de 1224 pactan una amplia confederación a la que se unen las ciudades aragonesas de Zaragoza, Huesca y Jaca. Seis meses después estos confederados comparecerán en Alagón, donde residía Jaime I en marzo de 1225, al que sorprenden oyendo misa; y abusando de la ingenuidad del rey lo llevan a Zaragoza.

En 14 de marzo de 1225 estaba ya Jaime I en esta ciudad, hospedado en el palacio de la Zuda, pero prácticamente prisionero de los confederados. La impudicia de éstos fue tal que impusieron la presencia permanente de dos aragoneses, Guillén Boi y Pedro Sanz Martel, en la antecámara real, a la vista del rey y su esposa. La reina Leonor sufrirá alguna crisis de llanto y Jaime I con los bríos de sus diez y siete años de edad imagina la huida de la reina descolgándola por una ventana: la oportuna llegada reservada de Artal de Luna, devoto del rey facilitarán a Leonor otra escapada más discreta.

Las súplicas de Jaime no conmovieron en este trance al desleal Pedro Ahones, que había sido consejero pontificio del joven rey y ahora militaba en el bando

conjurado. En resumen: no cupo a Jaime I otro remedio sino ceder a las peticiones de los confederados tras tres semanas de tan vergonzante cautiverio. Y cuando se cierre este penoso episodio zaragozano, partirán los reyes ya distanciados entre sí: Leonor camino de Borja, hacia la raya con su tierra de Castilla, no puede perdonar a su marido veleidades amorosas con Elo Alvarez.

CRUZADA CONTRA MOROS Y MUERTE DE PEDRO AHONES.

Tras diez años de estériles luchas nobiliarias, en 1225 se inauguraría la gran empresa del reinado: la ocupación de tierras musulmanas por vía bélica en vez del "statu quo" tradicional de paces vendidas mediante abono de parias. En verdad se trata de una empresa de origen y dirección catalana: la declaración de la empresa de expugnar a las naciones bárbaras se pronunció por Jaime I en cortes de Tortosa un mes de abril de 1225, y con gentes catalanas inició la campaña contra Levante: un 13 de agosto sufriría el primer revés ante el castillo de Peñíscola.

Entonces Jaime I volvió su mirada a Aragón y recorrió personalmente las extremaduras de Daroca y las fronteras de Calatayud y Ariza convocando a los aragoneses para su empresa guerrera en el verano de 1226. En junio de este año, Jaime I había reunido en Teruel un ejército aragonés, que recibió provisiones para tres semanas del turolense Pascual Muñoz. Concurrieron Blasco y Alagón, Artal de Luna y Atón de Foces; otros nobles de Aragón no llegaron a tiempo y cuando concluían las provisiones y los refuerzos no parecían, Abu Zeit rey de Valencia, que desconocía estas dificultades, ofreció a tiempo una tregua y un quinto de sus rentas, y Jaime I pudo disfrazar con un éxito político el fracaso bélico motivado por la anarquía de sus súbditos aragoneses.

Regresaba a Teruel el rey, Jiloca adelante, cuando topó en Calamocha con Pedro Ahones y su hermano Sancho obispo de Zaragoza, que venían decididos a luchar contra los moros por su cuenta y riesgo. El rey pidió que les acompañasen y en Burbáguena, en cierta casa del Temple, se desarrolló una violenta escena entre el rey y Pedro Ahones maravillosamente descrita en el "Llibre dels feits". En presencia de Blasco y Artal de Alagón, Atón de Foces, Ladrón, Asalido de Gudar y Pelegrín de Bolas, que de momento se limitaron a cumplir como espectadores, discutieron el rey y Ahones. Jaime I invocó la tregua pactada con los moros, pero Ahones replicó que necesitaba cobrar el gasto invertido en su expedición. El rico hombre negó obediencia a la orden real de desistir de su expedición guerrera; llegaron a las manos y forcejearon el corpulento caballero aragonés ceñido de perpunte y mallas y el rey Jaime de diez y ocho años, con su singular estatura, que evita primero la espalda y luego el cuchillo de Ahones. Al fin, los hombres de Ahones separaron a éste del rey y emprendieron juntos la huida.

Pero Jaime I sobre montura que le presta Miguel de Aguas, caballero de Alagón, persigue al fugitivo y lo alcanza por una trocha; uno de los mesnaderos del rey alancea mortalmente al desventurado Ahones al que recoge en sus brazos Jaime I: está tan mal herido que muere antes de traerlo a Burbáguena, de donde llevarán su cuerpo para enterrarlo en la colegiata de Santa María de Daroca.

Esta muerte de Ahones provocó indignación en muchos aragoneses: cuando el rey partía de Daroca, las gentes insultaron a su comitiva y hasta hirieron de una pedrada a un escudero del rey. La nueva aquella se trocá en sublevación general de Aragón contra el monarca.

LA REBELION ARAGONESA

En julio de 1226 la protesta aragonesa contra la muerte de Ahones, fue encabezada por el infante Fernando de Montearagón, tío del rey y Pedro Cornell, que se fortificaron en el castillo de Loarra. La novedad grave será que con estos nobles hicieron causa común las gentes del pueblo, siguiendo la misma conducta de los habitantes de Daroca. Jaime I fracasará en su intento de ocupar Loarre, y las poblaciones aragonesas - salvo Calatayud - pactaron alianza con los sublevados. Se conservan aun los pactos escritos en noviembre de 1226 por Zaragoza, Huesca, Jaca, el infante Fernando y otros nobles, en contra de su rey. Jaime I con los pocos que le siguen fieles, se defenderá desde su cuartel general de Pertusa, y solo en marzo de 1227, una primera victoria en El Castellar contra las gentes de Zaragoza, iniciará el triunfo del rey; seguirán combates contra los rebeldes de Barbastro, ocupación de Ponzano y sitio de Las Cellas; aquí llegan a Jaime I noticias de que mesnadas oscenses rebeldes al rey se aproximan, y pese a las menguadas tropas, el monarca decide salirles al encuentro, pese al intento disuasorio del caballero aragonés Pedro Pomar. Pero por razones ignoradas, los rebeldes oscenses antes de la batalla pactan con el rey en Santa María de Salas, cerca de Huesca. Jaime I entrará en Huesca en medio del fervor popular, y tras una noche llena de inseguridad, en un amplio corral que existía ante las casas de Montearagón, el rey, montado en su caballo, arenga a los oscenses. Es una de las primeras ocasiones en que Jaime I mostrará su fácil palabra como orador político. Y aunque los oscenses parecen dispuestos a pactar con el rey, las compañías reales que vivaquean fuera de Huesca provocan algunas escaramuzas, y el rey, tras engañar a los oscenses ordenando preparen comida para tomarla dentro de los muros, sale con cinco caballeros por la puerta que va a Bolea, y río Isuela adelante deja la ciudad donde se preparaba traición contra el monarca a cargo del infante Fernando de Montearagón y gentes de Zaragoza.

Esta modesta victoria del rey, alterará el curso de los sucesos pues la nobleza y las villas aragonesas se van desmoralizando sucesivamente y se acogen al amor de Jaime I. Con perspectiva histórica estos diez años de luchas feudales no han sido baldíos. El joven Jaime I en este lapso de su adolescencia, gracias a aquellas turbulencias de la nobleza aragonesa, ha acrisolado su personalidad y ánimo para las empresas en que va a ganar el dictado de Conquistador.

ARAGON EN LA EMPRESA MALLORQUINA

Jaime I, libre ya de los bandos aragoneses, ya en octubre de 1228 acariciaba el proyecto de la conquista de Mallorca, la isla dorada. Suponía una expedición marítima en regla y por ello estaba prevista su neta catalanidad. No participó por ello en la expedición la burguesía aragonesa, pero muchos nobles tenentes de honores reales en Aragón acudieron a la conquista mallorquina: recuérdense aquellos veinticinco caballeros aragoneses que desembarcaron con el rey y libraron los primeros combates en Santa Ponza, o aquél aragonés Beltrán de La Naja que al comenzar la batalla de Porto Pí prestó su armadura a Jaime I. Dos aragoneses se retrasaron en llegar a la vanguardia del encuentro: Pedro Cornell y Jimeno de Urrea; otros dos, Pedro Pomar y Rui Ximénez de Luesia velaron y frenaron las ansias de combate personal del rey en la victoria de 12 de septiembre en los montes de Porto Pí. Otro aragonés, Pelegrín de Atrosillo descubrirá a tiempo la estancia en que beben caballeros y abreven las caballerías en una de las acciones de la ocupación de la isla.

Cuando Abu Yahia, rey de Mallorca, inicie los tratos con Jaime I que sitia la capital, el moro zaragozano Bahiel servirá de intérprete y otro aragonés llamado Gil de Alagón, renegado del cristianismo, que vivía en Mallorca, propondrá a Pedro Cornell un pacto compensatorio para que abandonen los cristianos la isla. el sitio de

la ciudad de Mallorca culminará el último día de diciembre en cuya víspera el aragonés Lope Ximénez de Luesia advertirá al rey del aparente abandono en que se halla la defensa de la ciudad según informes de ciertos escuderos suyos. Y el día de San Silvestre, iniciado el asalto a la brecha abierta en las murallas de Mallorca, un puntero de vanguardia es el aragonés Juan Martínez de Eslava. Otro aragonés, Ladrón, albergará a Jaime I durante la primera estancia en la ciudad conquistada, mientras las gentes de la casa real habían desaparecido tras la captura de botín. Meses después, cuando la peste ataque a las gentes de Mallorca, Jaime I recurrirá a caballeros aragoneses para que en virtud de sus honores pasen a la isla y ayuden a terminar con la resistencia oculta en los montes.

ARAGON EN LA GESTA DE LEVANTE

La empresa levantina inicia su prólogo en un escenario aragonés, pues en enero del año 1232, Jaime I estaba en Alcañiz junto con el maestre del Hospital y con Blasco de Alagón; y este ilustre aragonés que había permanecido desterrado en Valencia durante dos años por causa desconocida, como buen conocedor del estado del reino de Zayán, aconsejó a Jaime I la conquista de tales tierras y hasta propuso un plan práctico, el de iniciar la campaña por los llanos castellonenses de Burriana.

Las operaciones militares, que durarán seis años, se iniciaron ocasionalmente cuando el rey cazaba por montes de Gea de Albarracín invitado por Pedro Fernández y supo que en una algará unos peones de Teruel habían ocupado Ares del Maestre, punto excepcional para penetrar en el reino valenciano a juicio del aragonés Atón Orella. Fueron pues, aragoneses los que participaron en los preámbulos de la conquista levantina. Jaime I iba camino de Ares por Alfambra y Villarroya

de los Pinares cuando le llegó la noticia de que el aragonés Blasco de Alagón había conquistado Morella. Los consejos del séquito aragonés harán que Jaime I se desvíe del camino de Ares y se encamine hacia Morella, pues esta plaza en poder de Blasco de Alagón era más peligrosa que en manos de moros. Pero don Blasco accedió a ceder Morella al rey a cambio de otras tierras, entre ellas Sástago y María de Huerva.

A la empresa levantina, acudieron muchos aragoneses: así en el sitio de Burriana aparecen Blasco de Alagón, Jimeno de Urrea, Rodrigo Lizana, Blasco Maza, Pedro Pérez justicia de Aragón, su hermano Jimeno Pérez de Tarazona y por supuesto Fernando de Montearagón, tío del rey. En justicia hay que consignar que los aragoneses eran partidarios de levantar el sitio y no ayudaron lo que fuera deseable, pero en compensación, tras ocupar la plaza, su guardián el aragonés Jimeno de Urrea será quien avise a Jaime I que se halla en Teruel, cómo los moros de Peñíscola están dispuestos a entregar sin condiciones tan inexpugnable plaza.

Tras el paréntesis de un trienio, parece que viajando Jaime I entre Huesca y Sariñena, concibió reanudar la campaña, ocupando Puig, Enesa o Cebolla, luego llamado de Santa María, que era el accidente orográfico más importante a dos leguas de Valencia. Allí llegó con la vanguardia ocupante Jimeno de Urrea; y otro aragonés, Fernando Pérez de Pina llevó las provisiones a los recién llegados. Cuando en 15 de agosto de 1237 allí se riñó una feroz batalla, las gentes de Daroca y Teruel participaron de modo activo. Después, ya en el sitio de la capital de Valencia, algunos de los episodios caballerescos corrieron a cargo de aragoneses: tal el asalto a la torre de la puerta de la Boatella - en la calle de San Vicente - por Pedro Cornel y Jimeno de Urrea, cuyos defensores moros perecieron en el incendio de la torre dispuesto por el rey, y que fue uno de los motivos determinantes de la rendición de la plaza. Y

llegada la capitulación, dos juristas aragoneses Asalido de Gudar y Jimeno Pérez de Tarazona procederán al reparto de la ciudad por expreso encargo de Jaime I.

Pero sería olvido imperdonable al recordar episodios aragoneses en la gesta levantina, silenciar el milagroso suceso acaecido en el verano de 1239, con ocasión de un combate de almogávares contra musulmanes del castillo de Chío, en que quedaron abandonadas seis formas consagradas que teñidas parcialmente en sangre se adherieron a los corporales que las guardaban; este milagroso relicario será llevado a la ciudad de Daroca, donde hace más de siete siglos se venera en su colegiata de Santa María.

En el nuevo reino valenciano, la preponderancia aragonesa será patente y en parte de las tierras levantinas las gentes ocupantes se acogerán al fuero de Aragón. Solo que Jaime I, deseoso de establecer nuevas bases políticas a su dominación, procurará que ésta se desligue de Aragón y Cataluña, superando el viejo régimen feudal y restaurará las directrices políticas del derecho romano, tan favorables al dominio absoluto del rey. Mientras gentes de Urgel y Lérida afincaban en los llanos costeros, aragoneses se establecían en la zona levantina de los montes interiores lindantes con Teruel.

LA FRONTERA CATALANO-ARAGONESA

Durante los acontecimientos de la conquista levantina, otros sucesos de interés para Aragón se desarrollaron en el seno de la propia familia real. La segunda mujer de Jaime I, la reina Violante dio a Jaime I nueva descendencia, infantas Violante en 1238 y Constanza en 1239, a las que siguieron el infante Pedro nacido en Valencia en 1240 y el infante Jaime en Montpellier en 1243. Estos nuevos infantes iban a complicar el mapa y herencia política de Jaime I y sus tierras. En efecto: En las postrimerías de la conquista valenciana Jaime I había

tenido cortes en Daroca a aragoneses y leridanos, mes de diciembre de 1243, y les había hecho jurar al primogénito el infante Alfonso por heredero. Ahora bien: Jaime I al involucrar Lérida en el reino de Aragón - que por lo demás continuaba una antiquísima tradición ya establecida por Roma - provocó el malestar de Cataluña pues, de acuerdo con las viejas constituciones de paz y tregua de comienzos del reinado, la frontera entre Cataluña y Aragón era el cauce del río Cinca. Tuvo pues en enero de 1244 Jaime I que declarar que Aragón se extendía de Ariza al Cinca y que las tierras entre este río y el Segre no se habían concedido al primogénito Alfonso, pues eran catalanas.

Esta declaración sentó mal a su vez al infante Alfonso, que se sintió expoliado y lo mismo sintieron muchos aragoneses dispuestos a alzarse en armas contra la declaración del rey. Pero en tanto, el nacimiento de nuevos infantes, trajo ulteriores divisiones de las tierras, hasta el punto de que en un testamento de 1248 las separaba en cuatro estados diferentes. En este punto Jaime I resultaba un monarca anacrónico pues sus apelaciones al concepto patrimonial de la monarquía y al derecho privado aragonés ya no respondían a las necesidades ni al espíritu del momento.

También importa para la perspectiva de Jaime I desde el punto de vista aragonés, aludir brevemente a ciertos amores de este "hombre de hembras" como le llamaban. Viudo a los cuarenta y tres años empezó a dar publicidad a sus relaciones ilícitas con ciertas damas. Todavía en vida de la reina Violante, había tenido en 1242 de la aragonesa Blanca de Antillón, hija de Sancho de Antillón, un hijo, que se llamó Fernando Sánchez de Castro y fue cabeza de la casa nobiliaria de los Castro. En otra dama, Berenguela Alfonso, tuvo a Pedro Fernández, cabecera de la muy aragonesa baronía de Ijar. Ya viudo es bien conocida la prolongada y trágica aventura

con Teresa Gil de Vidaurre, de ascendencia navarra, viuda de Sancho Pérez de Lodosa, de la que tuvo el rey dos hijos y uno de ellos fue cabecera de la casa aragonesa de los Ayerbe, señores de este castillo y de los de Luesia y Agüero. Otras damas que ulteriormente pasaron por la vida de Jaime I no importan ya a la historia privativa de Aragón.

LA LUCHA FEUDAL ARAGONESA

Está asociada la ciudad aragonesa de Tarazona a los famosos siete consejos que Jaime I dio en ella a su yerno Alfonso X el Sabio, consejos con los que el rey aragonés dio muestras de haber aprendido más de la vida que el Sabio de sus lecturas. La tradición asegura que hubo un consejo por cada día de estancia de ambos reyes en la ciudad del Queiles. Y uno de ellos, el cuarto, iba a ser de gran actualidad en los inmediatos años: decía Jaime I que los caballeros se alzan contra la autoridad real con más facilidad que los demás estamentos sociales. Y en efecto, en 1270, el sesentón Jaime I, que ha perdido el contacto con la generación joven representada por su hijo Pedro, se va a encontrar apresado entre una nobleza muy celosa de sus privilegios tradicionales y los partidarios del heredero Pedro que desean un nuevo tipo de autoritarismo real.

Prueba de ello es que ya en mayo de 1267 un noble aragonés, Ferriz de Lizana, se había atrevido a desafiar al rey, episodio concluso con ejemplar castigo de los que resistieron al monarca en el castillo de Lizana. Pero la más dramática manifestación de esta rebeldía nobiliaria aragonesa, será encabezada por Fernando Sánchez de Castro, hijo bastardo del rey ya citado, que aprovechó la escasa afición aragonesa para servir a Jaime I en la campaña de Murcia y acaudilló una importante facción nobiliaria decidida a eliminar al infante Pedro heredero del reino. En Estadilla, pueblo aragonés fronterero a la raya catalana, bullirán - entre los sublevados - Artal de

Luna, Jimeno de Urrea, Lope Ferrench de Luna y otros. En las refriegas de unos y otros, el bastardo, sitiado en Pomar por un hermanastro el heredero Pedro, al intentar huir disfrazado de pastor, caerá preso y será ahogado en las aguas del Cinca: era el mes de junio de 1275 cuando esta tragedia fratricida marcó el final de la lucha feudal en Aragón.

LEGADO ARAGONES DE UN REINADO

Cuando el Conquistador tras sesenta y tres años de reinado fallezca en Valencia un 27 de julio de 1276, dejará a Aragón un legado político e institucional importante. En su tiempo se ha perfilado la frontera del viejo reino de los Aragones; se han definido instituciones llamadas a rendir buenos servicios durante siglos, como el justiciazgo aragonés; se han compilado los fueros del reino; y las comunidades municipales reciben nueva normativa. Vale la pena una breve apostilla a todo esto.

La concreción geográfica de Aragón, nació en 1244 al pretender Jaime I que su heredero el infante Alfonso solo heredara el viejo reino: así hubo que delimitar qué era tierra aragonesa y se disputó sobre la zona entre los ríos Cinca y Segre, es decir, tierras de Sobrarbe, Ribagorza y Litera que históricamente eran aragonesas pero jurídicamente se hallaban impregnadas de derecho feudal catalán. Es tontuna propia del siglo XIX imaginar en esto un pleito nacionalista, cuando lo que en el siglo XIII se ventilaba era un simple problema de intereses: el fuero aragonés era más generoso en libertades y la adscripción de la tierra a Aragón suponía liberarse del impuesto del bovaje que pagaban las tierras catalanas.

También en el dilatado reinado de Jaime I se conformaron importantes instituciones aragonesas. Así se afirmó desde los primeros años de la regencia del conde Sancho el poder del monarca, secundado por eclesiás-

ticos y nobles a los que más tarde se unirán burgueses de las poblaciones más importantes, terminando con el triunfo del absolutismo regio. Desde 1245 quedó perfilado el cargo político de procurador del reino de Aragón; desde 1214 funcionó la magistratura del merino; y el zalmedina de la ciudad de Zaragoza, administrador de justicia en nombre del rey, se reglamentó desde 1256, disponiendo su elección anual con el concurso de representantes de las colaciones o parroquias zaragozanas, en riguroso sorteo.

También supuso novedad en tiempos de Jaime I la nueva manera de adjudicar el rey las tierras de reconquista a sus colaboradores: el sistema tradicional de los honores o tenencias, base de la fortuna y poderío de los nobles, halló recorte sustancial en la nueva normativa real de corte romanista. Ello contribuyó, según se ha indicado, a las graves pugnas entre Jaime I y su nobleza aragonesa, que llegaron a su cénit en el pacto o compromiso de Ejea de 1265, imitación del pactismo navarro de 1237 en pro de la lucha contra moros. Ese pacto de Ejea sublimó además al justicia local de Tarazona, hasta entonces modesto asesor técnico de la curia real, y se convirtió en juez medio entre el rey y los nobles descontentos, y más tarde en intérprete fiel del fuero y juez de los contrafueros.

Vivió también el país agudas crisis económicas, que se sortearon con manipulaciones de la moneda jaquesa, muy graves para la estabilidad de precios; pero se salió de la ruina saneando la ley de la moneda y cobrando el rey a cambio el impuesto del monedaje que suponía un gravamen de un cinco por ciento sobre los capitales.

En el orden legal, en 1247 se compilaron en ciudad de Huesca los fueros del reino, trabajo encomendado a diligencia y competencia de Vidal de Canellas obispo oscense y pariente consanguíneo de Jaime I.

Esta depuración de la tradición jurídica del país, en sus directrices principales contempla y vela por la cohesión del vínculo familiar, el respeto a los padres, decoro de las viudas y troncalidad de los bienes, y en ella campea la famosa declaración de que donde los fueros no basten se recurra al sentido natural o a la equidad.

Como colofón de este legado de Jaime I, pues nos acoje la sala de sesiones del Ayuntamiento de Zaragoza, recordemos que en 25 de febrero de 1272, esta ciudad recibió del rey una extraordinaria carta municipal: para utilidad común de los zaragozanos tengan en adelante doce jurados que cumplan bien y fielmente su oficio y se renueven cada año el día de la Virgen de agosto. También de estos tiempos viene la constitución de consejeros de los jurados, que designan las parroquias y que con otros muchos buenos hombres de la ciudad se constituían en asambleas vecinales, cuando los problemas de Zaragoza lo demandaban, en la desaparecida iglesia de Santiago.

* * *

Mil excusas pido a todos Vdes, por tan dilatada lectura, pero Jaime I merece esto y mucho más. Contemplado desde esta tierra Jaime I sufrió muchos sinsabores de parte de los aragoneses, pero también supo corresponder muchas veces con decisiones dignas de encomio y gratitud. Creo pues justo que también en esta conmemoración del VII Centenario de su muerte, en este momento y casa municipal de Zaragoza, resuene el cumplido elogio que campea en la lápida conmemorativa de Jaime I, en la antigua Torre de los Pinos de su ciudad natal, Montpellier, en honor - como allí reza - de quien "tomó tres reinos a los sarracenos, dio leyes justas a sus pueblos, amparó a los pobres, protegió a los labradores, mercaderes, sabios y trovadores".

Zaragoza, 19 junio de 1976

AÑO DEL BIMILENARIO



Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza